

**Repensar los lenguajes: la vulgarización de la ciencia**  
Abilio Vergara

**Islas en el mar mediático**  
Carlos Y. Flores

**Difusión en construcción**  
Hernán Osorio

**La guerra universal de lo pesado contra lo liviano**  
Josué Fragoso

**Fotografías de**  
Edgar Ocampo

XIV

regiones  
suplemento de antropología...

publicación mensual, año 2, número 14, martes 10 de enero de 2006



## La intempestiva ¿muerte? de las humanidades

Aun con las noticias que constantemente anuncian la muerte de disciplinas afines a las humanidades y a las ciencias sociales, hace ya más de un año que apareció *Regiones*. Desde esos días hasta la fecha, hemos librado una constante batalla de la que nos sentimos triunfadores. Después de conseguir el espacio, nos enfrentamos a doce páginas que debían contener textos que hablaran dignamente del trabajo realizado por antropólogas y antropólogos, con la finalidad de que nuestra disciplina —de la mano de otras— pudiera ser leída, disfrutada y comprendida por *los otros*. Luego, el suplemento se recortó a cuatro páginas, un reto mayor que decidimos continuar, con la idea de que no se necesitan pesados tratados teóricos para dar a conocer este *oficio*.

Hemos pretendido que *Regiones* sea un aporte al conocimiento, como canal de difusión de nuevas temáticas, nuevos autores y grupos de investigación, que contribuya al crecimiento del campo de las ciencias sociales, en particular de la antropología social.

No obstante, aún queda pendiente el reforzamiento de estos espacios que permitan la comunicación entre investigadores, docentes y estudiantes; que constituyan instrumentos de difusión de la práctica antropológica y que comprometan a las universidades e institutos educativos a establecer un diálogo fluido como base de una comunidad.

Los textos que aparecen en esta edición fueron leídos en la presentación *La importancia de la difusión de las humanidades y las ciencias sociales*, organizada por los editores de esta publicación bajo el pretexto de su primer aniversario, pero también con el propósito de contribuir tanto al apuntalamiento de los saberes y experiencias que se generan a través del filtro de una pluralidad de interpretaciones y miradas, como, sobre todo, al diálogo y el actuar cotidiano entre las múltiples regiones que constituyen a nuestra sociedad.

## La escritura antropológica y el problema de su divulgación Repensar los lenguajes: la vulgarización de la ciencia

**Abilio Vergara \***

Hace muy poco, Carlos Monsiváis decía que la argumentación crítica no tiene un efecto social inmediato, y uno de los referentes con los que reflexionaba sobre esto es la situación de la lectura en el país. Nos ubicamos entre los últimos, en términos de lectura, pues mientras en Alemania leen como 60 libros al año —no sé si esto es completamente cierto; las encuestas también tienen sus dificultades—, aquí al parecer leemos un libro por año [...]

La afirmación de Monsiváis, sobre el supuesto de que el conocimiento o la argumentación crítica, la reflexión intelectual sobre los problemas sociales, no tienen un efecto inmediato, puede ser tomada como un diagnóstico y también como un reto; un reto en tanto que cabe preguntarnos ¿para quién escribimos?, ¿con qué finalidad escribimos?, y también ¿qué buscamos al escribir?, no sólo dentro del *campo* de la antropología con sus problemas de configuración —en términos de Pierre Bordieu— de *pretendientes* y *distinguidos*, sino al mismo tiempo incluso de satisfacción personal con aquel producto de conocimiento que uno realiza y que después se frustra, a veces escondido entre cientos de tesis en alguna biblioteca de alguna universidad, sin posibilidad de consulta.

El conocimiento antropológico, re-emplazado, o sea, vuelto a emplazar en los mundos contemporáneos, transita de categorías tradicionales y de objetos tradicionales, llamados exóticos, hacia el mundo en el que cada uno de nosotros nos emplazamos tanto como estudiosos y como gente común y corriente que vive estos problemas, por lo que la introducción de algunas categorías y algunos estudios puede posibilitar no

sólo el tránsito de la implicación hacia la extrañeza, sino también impulsar, utilizando incluso el dispositivo simbólico, algún tipo de movimiento al interior de los objetos o los sujetos con quienes trabajamos. Esto parece ser contradictorio con la cita de Monsiváis; sin embargo, no lo es tanto.

Cuando hablamos de para qué escribimos, podemos nosotros ya tener un elemento de referencia reflexiva para el lenguaje que utilizamos en el discurso antropológico, en los informes, en los artículos, los libros. Porque si nosotros escribimos para el campo antropológico, entonces la jerga, la terminología, que circunscribe y que caracteriza a esta disciplina, aparece como prioritaria. Pero si nosotros pensamos en que este discurso puede ser útil más allá de los campos de la academia, obviamente tenemos que reflexionar acerca del lenguaje que utilizamos.

El ejemplo más visible de un tipo de esfuerzo por repensar el lenguaje lo han traído a debate, con síntomas incluso de crisis, los antropólogos posmodernos, es decir, ¿quién habla cuando habla el antropólogo? Pero, por otro lado, el tercer periodo de la Escuela de los Anales, aquel que se llama el estudio de la historia de las mentalidades, trabajó el lenguaje haciendo que la escritura histórica sea expresiva, es decir, que no solamente utilicemos el rigor y la sistematicidad de las investigaciones para poder enfocar determinados problemas actuales de nuestras disciplinas, sino que como un movimiento epistemológico incluso, como un movimiento de comunicación nuevo, podamos pensar las estéticas, la retórica de nuestra producción. Los libros de dichos historiadores se vendieron como se vendían las novelas más exitosas, y a través de esa vía “vulgarizaban” (así, entre comillas), la ciencia, haciendo que el acceso a ese conocimiento fuese mucho más extenso en términos sociales.

Nosotros tenemos un reto no sólo con la academia a la que pertenecemos o pretendemos pertenecer, sino con el entorno social en el que nos emplazamos. Desde esa perspectiva, repito, nosotros podemos hacer mucho más y de alguna forma contradecir esta afirmación de Monsiváis, trabajando el lado

expresivo del lenguaje antropológico. Geertz, de alguna forma, lo hace. La producción antropológica de Geertz es al mismo tiempo una producción poética. Uno no sólo aprende con estos textos, sino que lo disfruta también. Lo que quiero decir es que nuestro discurso no tiene que ser necesariamente árido, no tiene que ser áspero para que tenga rigor. Obviamente, la vulgarización de la ciencia es objeto de un debate, pero al mismo tiempo también tiene implicaciones políticas, en tanto que si de lo que se trata es de vulgarizar la ciencia, o de elevar, como se decía en los años setenta, la conciencia de los sectores que no tienen acceso a estos recursos.

En este contexto, nuestra escritura puede extenderse más allá de los campos universitarios y puede incluso pretender no sólo intervenir en las políticas públicas, sino también en las políticas culturales de las empresas privadas o de los grupos comunitarios. De alguna forma, las organizaciones no gubernamentales trabajan esa traducción con todas las limitaciones, porque no encuentran, probablemente, en quienes producen el conocimiento, el auxilio en esa traducción. Con Geertz diríamos, nuevamente, que la antropología no tiene por finalidad sólo explicar o tratar de hacer entender a la gente por qué es así, sino también tiene por finalidad central extender, ampliar el espacio del diálogo, es decir, producir espacios de interacción entre quienes son estudiados y quienes los estudian, y mucho más aún, entre los sectores sociales que dialogan y se conflictúan o armonizan a partir de la detección de problemas en los que cada vez más nos implicamos.



\* Profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia; dirige la revista *Antropologías* y estudios de la ciudad.



Los usos sociales del conocimiento académico

## Islas en el mar mediático

Carlos Y. Flores \*

Fue hace ya unos veinte años que incursioné en el terreno de la comunicación, siendo estudiante en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

Junto a otros compañeros de la ENAH, y otros más provenientes de otros *campus* que se nos fueron agregando, creamos una agencia de prensa que habría de mantenerse por casi diez años [...]

En los años ochenta, se desarrolló en América central una serie de sangrientos conflictos bélicos. Era la época en la que la llamada Guerra Fría dividía al mundo entre categorías duales, tales como marxista o libre mercado, comunismo o capitalismo, izquierda o derecha, imperialismo o antimperialismo. Un proyecto era la antítesis del otro, y cada cual buscaba eliminar física o simbólicamente al del bando contrario. Muchos movimientos y sociedades en el mundo quedaron atrapados dentro de este esquema internacional, los cuales tuvieron que pagar con creces las limitaciones impuestas por el modelo, que no sólo generó la destrucción de infraestructura social, sino limitó grandemente la independencia ideológica y la creatividad discursiva de los individuos y sociedades involucradas. El costo mayor, sin embargo, fue en vidas humanas.

En este contexto, la Guerra Fría fue muy caliente en Centroamérica. Cabe destacar que en general, México jugó un papel esencial y solidario en la lucha de estos pueblos dando, entre otras cosas, refugio a miles de centroamericanos que huían del conflicto.

En ese entonces, se recibían a diario del sur del Suchiate, informes sobre combates, tomas de poblados, manifestaciones callejeras seminsurreccionales y represión generalizada. Cada evento, sin embargo, era portador de una trágica cauda de muertos, desaparecidos y desplazados que en los primeros años de los ochenta, ya contabilizaban varias decenas de miles de personas.

Fue precisamente por tal coyuntura que sentimos la necesidad de realizar esta agencia de prensa para poder, de alguna manera, expresar nuestro sentir sobre esta situación de la que nos sentíamos parte. Además, buscábamos balancear la información, siempre parcial, que provenía de las grandes agencias como Televisa, AFP, France Press, etcétera. Estas corporaciones informativas con frecuencia reproducían imaginarios sociales alrededor del conflicto centroamericano, los cuales eran muy



distantes de nuestra visión como latinoamericanos. Bueno, la idea ya estaba, ahora faltaba concretar este sueño.

Tras varios intentos fallidos, lecturas apresuradas de manuales de periodismo y casi sin recursos, nuestro trabajo inesperadamente comenzó a dar frutos y a ganar espacios sostenidos en los principales medios de comunicación del país, tales como La Jornada, Excélsior, Revista Proceso, Canal Once, TV UNAM, Radio Educación, etcétera. O sea, que hicimos más de lo que cualquiera de nosotros hubiera esperado gracias a la coyuntura de la guerra centroamericana y del apoyo solidario de muchas personas, pero especialmente debido a la necesidad y a un trabajo constante en el que creíamos.

Como jóvenes antropólogos metidos a periodistas, había aspectos de las guerras centroamericanas que nos concernían en particular. En Guatemala, por ejemplo, estaba muy vivo el debate sobre el papel de los pueblos indígenas en la Revolución. Un movimiento político militar con tintes étnicos que, con sus logros y fracasos, antecedió al movimiento zapatista en Chiapas.



Recuerdo que en la ENAH se discutían acaloradamente en los salones de clase los textos sobre esta participación indígena en las llamadas guerras de liberación. Lo mismo para el caso de Nicaragua, aunque las discusiones eran esta vez de signo contrario, pues más bien se analizaba la incorporación de grupos étnicos como los Humos, Ramas o Mezquitos en la llamada Contrarrevolución, apoyada por la administración norteamericana de Ronald Reagan en contra del gobierno sandinista. De esa época, por ejemplo, datan los trabajos ya clásicos sobre el problema étnico en Nicaragua de Héctor Díaz-Polanco, por mencionar uno. Así mismo, cabe recordar que en ese entonces el director de la Escuela de Antropología era Gilberto López y Rivas, quien a la vez se desempeñaba como el segundo de a bordo del movimiento de solidaridad con el pueblo de El Salvador. La prensa, entonces, fue para nosotros un medio privilegiado para proyectar los debates que se llevaban inicialmente dentro de los recintos académicos.

Como diría el maestro Navarrete, que es un extraordinario antropólogo, arqueólogo y novelista, ¿por qué les estoy contando todo esto?, ¿porque la antropología, aunque fuera de rebote, nos había dado herramientas analíticas útiles que de alguna manera supimos imprimir en nuestros textos de divulgación masiva?

Esta práctica nos obligó a conectar lo aprendido en las aulas con un uso social más allá de la academia misma. Así, fuimos parte de la historia viva que se desarrollaba frente a nuestros ojos, y ya no sólo espectadores o, peor aún, disecadores de un "otro" desconocido, desconectado de nuestras existencias y de nuestra realidad.

Ya para finalizar, pienso que los jóvenes que impulsan proyectos editoriales como este, están motivados prácticamente por el mismo espíritu que teníamos nosotros dos décadas atrás, esto es, proyectar a la sociedad en la que se vive el conocimiento antropológico sobre el quehacer humano obtenido en la calle, el campo, los antros, las sectas, los espectáculos públicos, los lugares ocultos y prohibidos.

Creo que tales esfuerzos creativos, si se hacen bien y con rigor, siempre provén bocanadas de aire fresco para quien les recibe, y en especial, crean islas en el mar mediático que constantemente nos alienan de lo nuestro.

\* Profesor investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM, coordinador del Departamento de Antropología.





La apertura como socialización del saber

## Difusión en construcción

Hernán Osorio \*

“La importancia de la difusión de las humanidades y las ciencias sociales” es un título que engloba el compromiso de las universidades, sus docentes, investigadores y egresados, ante un conocimiento y unas disciplinas que se ven truncadas por el escaso apoyo de los gobiernos federal, estatal y municipal, por los desvíos de apoyos de las autoridades educativas o sindicales. Sus proyectos de difusión no se consolidan por el poco espacio en los medios, ya sea porque “no generan ganancias” o simplemente porque “no encajan en el concepto editorial”, pues finalmente, para que un producto sea tangible, es decir, algo impreso, puesto al aire o simplemente difundido, necesariamente tiene que pasar por la aprobación o desaprobación en varias etapas, díganse económicas, científicas o de carácter editorial.

Esta “importancia de la difusión” reside en el énfasis de las humanidades en abrir los campos de estudio, de evidenciar lo que falta por estudiar, abriendo más teorías, asumiéndonos como sujetos en autoconstrucción, contraponiendo de facto todo orden ideológico y político que dé por determinada la sumisión al todo. En este contexto, ubicándonos en el aquí y en el ahora, es necesario replantearnos esta lógica humanística, que nos veamos a nosotros mismos como una prioridad, por encima de la tecnología y de las mercancías, ante la decadencia de la política y economía que vivimos hoy en día [...] Descubrir, conocer, respetar y mostrar esas visiones de lo que hasta hoy ha sido dejado a un lado, pues asumir esta forma de pensamiento genera este tipo de acciones para plantear y plantearse una visión de lo humano desde una perspectiva integral. No que el mercado convierta al ser humano en un medio, sino ver al ser humano como un fin único.

Es una tarea difícil la de penetrar en la conciencia colectiva para transformar la concepción pública de la ciencia antropológica, pero el objetivo primordial de “ponerla al alcance del público” se cumple; poco a poco se compagina con la sociedad, da la cara con una estrategia subterránea, en comparación con los grandes consorcios comerciales que promueven magros productos para entretener y no pensar; paso a paso va formando parte de las impredecibles vertientes periodísticas, lo que está generando una cultura científica general en la población, que permite enriquecer la visión del mundo, para despertar nuevas vocaciones y poder así revertir

\* Egresado de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades de la UAEM, diseñador gráfico y formador de La Jornada Morelos y del suplemento El Tlacuache, que se publica en ese medio y es coordinado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Morelos.



el gran vacío educativo y social que ha permeado a gran parte de la población.

Uno de los principales problemas al iniciar esta publicación —quiero suponer— era rebasar el espacio íntimo de las computadoras, socializar los borradores de los trabajos de campo, replantearse una y otra vez a la “antropología como una ciencia compleja y abarcadora”, para difundir lo que se está haciendo en torno a esta disciplina, pero, ¿qué hacer ante la indiferencia del público? ¿Al espectador no le interesa la ciencia antropológica? Podría ser que esta indiferencia nazca del desconocimiento, de una apatía que no está dispuesta a transformarse en acción, razones buenas o malas que evidencian a un auditorio perezoso y que no está dispuesto a esforzarse por adquirir algún tipo de conocimiento. Lo alentador es que la ciencia es cada vez más un producto de consumo para cualquier tipo de persona y no sólo para la élite de los que tuvieron la “fortuna” de ir a una universidad. Así, no hay ningún impedimento para que los principios de la ciencia antropológica puedan ser explicados, aunque puedan existir algunas acepciones como, por ejemplo:

el técnico dice que “debe ser precisa” su difusión;

el filósofo no quiere “nada de detalles superfluos”;

el matemático pide ser “exacto y riguroso”;

mientras el hombre común no piensa en acepciones que puedan cambiar o mostrar su vida cotidiana.

Estas pretensiones nos llevan a problemas en los que se necesita explicar conceptos y teorías, que se hagan con un lenguaje bastante digerible, con títulos sociables y con un compromiso serio ante “las nuevas temáticas que aborda la antropología social”, con imágenes mentales de los mecanismos causales del mundo exterior.

Obtener estas imágenes no es una labor sencilla, se requiere adquirir una capacitación en el manejo de cierto lenguaje, normas, instrumentos y técnicas, que se pueden resumir en este incipiente caminar.



**El Regional**

**Director fundador:** Efraín Ernesto Pacheco Cedillo  
**Director general:** Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez  
**Subdirector editorial:** Carlos Gallardo Sánchez  
**Coordinador de suplementos:** Bonifacio Pacheco Cedillo

Regiones, suplemento de antropología...  
 es una publicación mensual editada por

**El Regional del Sur**

y por el colectivo *Antropólogos en Fuga y Compañía*.

**Coordinación general:** David Alonso Solís Coello, Adriana Saldaña Ramírez, Mariana González Focke, Livia R. González Ángeles, Pilar Angón Urquiza  
**Coordinación de este número:** Gerardo Ochoa  
**Edición, formación y corrección:** Livia González y Gerardo Ochoa  
**Fotografías:** Edgar Ocampo

supleregiones@yahoo.com.mx, regiones@gmail.com  
 www.elregional.com.mx/suplementos



El derecho a saber contra la impunidad del más fuerte

# La guerra universal de lo pesado contra lo liviano

Josué Frago \*



mamá de Chucky—, de eliminar los contenidos de historia de los libros de texto para la educación básica. ¿Para qué enseñar historia? Lo de hoy, ya nos lo dijo el político priista, es el inglés y la computación. ¿Quién dijo que no se puede?

Con ese grotesco trasfondo de la realidad institucional de este barco en zozobra todavía llamado nación, la fragilidad de lo cualitativo sucumbe ante la validez momentánea de las llamadas ciencias duras, que quieren llevar mano en la partida universal por la disputa del peso del mundo.

Hasta ahora, sentencia el ensayista Sloterdijk en *Encuentros con uno mismo*, la lucha entre lo pesado y lo liviano coincidía en justeza con la lucha entre izquierdas y derechas, las primeras como afirmadoras de la ligereza del mundo y las segundas como conservadoras de lo pesado, de la fatalidad de tener que aceptar las cosas como son, en todo lo inaguantable de su fatídico peso.

Pero hoy en día ese esquema se ha volcado.

Las izquierdas han venido a dar con su radicalismo en el *management* corporativo y en el repliegue hacia el conservadurismo, y las derechas aparentan ser el *Quijote* de una vanguardia que avanza contra los enemigos del ideal de una sociedad abierta.

Como se advierte, la guerra de lo pesado contra lo liviano no se reduce a la confrontación de viejas oposiciones en las arenas políticas, sino que abarca otras zonas de la geografía social —tal es el caso del conocimiento que se legitima o pierde validez según qué tanto se aleje del ideal del saber positivista—; y esa guerra refluye hacia lo político agazapada en nuevos referentes: ya no es la izquierda contra la derecha, sino, por ejemplo, el derecho a saber contra la impunidad del más fuerte.

Hoy en día, cuando la sociedad de la información ha venido a radicalizar el ideal baconiano del saber como poder, las instituciones no encuentran o no quieren encontrar el rumbo por el cual dichas experiencias se democratizan.

Entre una y otra batalla, el conocimiento de nosotros mismos sigue su curso hacia la ultraspecialización, alejándose a cada paso, más y más, del llamado “otro”, que para todo caso debiera ser lo primordial.

Para la planta baja de ese conocimiento, para la “ontología del sótano” —como diría Kundera en *La Inmortalidad*—, pudiera convenir atrincherarse en cualquiera de ambos frentes de esta guerra por el peso del mundo y luchar a muerte contra el enemigo. Pero habría que preguntarse, por el contrario, qué valor tienen los saberes que —porque no pueden o porque no quieren—, a los otros, principalmente a sus críticos y detractores, ni los ven ni los oyen; y habría que indagar igual qué conocimiento servirá de algo si sólo se ve al ombligo.



No ha muchos días y noches, un diario de circulación nacional informaba, entre los espacios más devaluados de su jerarquía noticiosa, del cierre de una escuela o instituto de humanidades en una universidad del norte del país, en virtud —según se reportaba, palabras más o menos—, de la inutilidad de tal enseñanza, en el marco de una reconfiguración social que no requiere más científicos sociales que puedan interpretar la compleja variedad de textos y contextos de una realidad caótica, sino únicamente de expertos en neocraneometría que determinen, en unos cuantos totales y subtotales con carácter de leyes universales, qué fue, que es y qué ha de ser el ser humano en sociedad.

No ha muchos días y noches que se supo también de la orden dictada desde la secretaría del ramo, previa autorización de la jefa de asesores del gobierno del cambio —la temible

\* Filósofo de medio tiempo.

De tal manera, hacer la reivindicación de las humanidades y las ciencias sociales, hacerlas llegar verdaderamente a los otros conquistando medios de índole pública o privada, se antoja un triunfo de la tendencia aligeradora del peso del mundo ante la máquina clasificadora por estadísticas, ante la tecnología y el “dato duro”. En ella juegan el papel primordial los medios tanto como los ciudadanos y toda la sociedad que ejerce de esa forma su derecho a saber. La tendencia a llamar a cuentas al poder y exigirle un ejercicio honesto a sus disfuncionarios, no se aleja mucho del recelo académico ante el descrédito de los medios que también legitiman élites y exoneran gobernantes. Aún resuenan los ecos de la consigna de los jóvenes rebeldes que lo mismo lamenta que acusa: “¡prensa vendida!”.

Y siempre es bueno dudar de la iniciativa del más fuerte. La conquista civil de medios para abrir la sociedad en un diálogo incluyente es, entonces, una de las pocas opciones para enfrentar sin miedo el terrible rostro del poder.

Por último, sería necesario hacer énfasis en la necesidad de un ejercicio responsable de esa libertad y ese derecho al saber. La reflexión crítica como medio para traducir otras formas culturales es parte imprescindible en cualquier apuesta civilista por entablar un diálogo en la sociedad, entre todas sus regiones.

